

## **La psicología colombiana y su silencio respecto a la tortura física y psicológica producida por el Esmad (Escuadrón Movil Antidisturbios de la Policía Nacional)**

Edgar Barrero Cuellar

Director Cátedra Libre Martín-Baro

Secretario General de la Unión Latinoamericana de Entidades de Psicología -ULAPSI-

El Esmad nació como una máquina de guerra para enfrentar la protesta social en Colombia. Es una máquina especializada en estrategias de guerra de terror legalizado desde el propio Estado, siendo uno de sus requisitos estructurales la total deshumanización de los hombres y mujeres que pertenecen a este escuadrón de la muerte al que se le adjudican por los menos 15 personas asesinadas y decenas de atropellos con daños físicos, psicólogos, morales y culturales.

Hombres y mujeres que aparentemente son personas normales son transformados en verdaderas fieras embrutecidas que atacan cruelmente y con sentido de gozo a sus propios hermanos de clase social teniendo como garantía la impunidad naturalizada y la corrupción jurídica, política y militar.

Aprenden desde muy jóvenes a disfrutar del miedo, del terror, de los puntapiés, de los disparos al rostro y de las palizas grupales a personas en estado de indefensión hasta dejarlas lesionadas gravemente o muertas como el tristemente caso del niño Nicolás Neira, quien falleció por efectos de las múltiples lesiones causadas por más de ocho agentes de la policía pertenecientes a este grupo.

Las redes sociales transmiten cotidianamente imágenes del terror producido por este Escuadrón Militarista Antidemocracia, con lo cual aumenta el repudio de muchos sectores a tales niveles de tortura física y psicológica contra los sectores populares del país. Lamentablemente la Psicología no ha dejado escuchar su voz de protesta hasta el momento frente a este aparato represivo que cada vez más aumenta sus abusos de poder.

La psicología continúa mirando hacia otra parte mientras instituciones como la policía nacional utilizan sus conocimientos para infringir dolor, sufrimiento y tortura psicológica a miles de personas que sólo cometen el “delito de la protesta”. Para nadie es un secreto que buena parte de las tácticas del esmad para producir terror, miedo y parálisis psicosocial provienen del mundo de la psicología. Es el mismo uso perverso de los conocimientos psicológicos que hoy se utilizan en todo el mundo como parte de las estrategias de guerra psicológica.

Basta ver la sevicia con que atacan a sus adversarios una vez se colocan sus trajes de combate. Es una metamorfosis impresionante que siempre me ha llamado la atención. Basta una orden difusa para lanzarse sobre su presa y tratar de despedazarla

en una danza macabra que incluye risas, burlas y placer. Una vez pasado dicho ritual del horror y despojados del traje confeccionado con la impunidad, aquel que les hace creer invulnerables, regresan a sus casas para posiblemente acariciar a sus hijos y esposas, con las mismas manos que aún huelen a sangre humana.

Posiblemente no hablen mucho de este asunto con su familia. Seguramente dirán que están cansados por un día muy difícil, de mucho trabajo, de mucha acción legal. Seguramente no le contarán a sus esposas o esposos que le acaban de disparar en el rostro a un joven que protestaba. Seguramente no le contarán a sus hijos que junto a otros de sus compañeros de la policía amarraron a otro joven en un árbol y le dispararon chorros potentes de agua fría, le orinaron en su cara y le gritaron todo tipo de humillaciones.

La psicología tendría que asumir este asunto como propio. Lo podría hacer de muchas formas. No necesariamente a través de este tipo de denuncias, porque es entendible el miedo que ello produce en un país acostumbrado al silencio cómplice. Pero podría entrar a investigar cómo es que se puede llegar a estos niveles de deshumanización y embrutecimiento de seres humanos. ¿Cómo operan en la cotidianidad estos cambios de roles de fieras desenfrenadas a esposos y padres de familia que seguramente se indignarían si alguien atacará violentamente a sus seres queridos?

Este problema se está saliendo de las manos tal como sucede en EEUU en donde la brutalidad policial se ha ensañado con la población negra. Ya estamos viendo las primeras reacciones con la muerte de varios policías como respuesta a tal brutalidad e impunidad. Esperemos que eso no empiece a suceder aquí en Colombia, un país en donde la gente se acostumbró a tomar la justicia por sus propias manos ante la ineficacia de la institucionalidad estatal.

La construcción de la paz tendrá que incluir necesariamente el desmonte de estas máquinas del horror como hoy lo es el Esmad y con ella esa mentalidad violentista de arreglar todo a las patadas, los golpes, los gritos y diversas formas de tortura. Allí es donde la psicología podría empezar a dar pasos de compromiso social. Si la psicología guarda silencio ante la barbarie policial, ello la deja sin la autoridad moral para criticar otras formas de violencia en la sociedad.

Ahora que la guerrilla dejará las armas para movilizarse hacia el campo de la confrontación de las ideas, será necesario que se desmovilice a más de medio millón de seres humanos que hoy conforman la fuerza pública hacia el camino del respeto de los derechos humanos, la democracia y la protesta social. Tenemos ante nosotros una tarea gigantesca como psicólogas y psicólogos: desmontar esa mentalidad paramilitar que se inculcó en nuestros militares y policías a los que durante años se les hizo creer que los campesinos, los estudiantes, los sindicalistas y los sectores populares son sus enemigos.

Cometió un gran error el presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, quien a dos días de firmar en La Habana el histórico acuerdo de fin de la confrontación armada con las FARC, anunció que fortalecería el Esmad, pues según sus propias palabras,

“ahora después de los acuerdos de la Habana, lo que se viene es el incremento de la protesta social y por ello debemos fortalecer el Esmad”.

Se equivoca la élite colombiana si cree que con los acuerdos de la Habana se producirá una gran desmovilización social por medio de los aparatos de represión brutal. Si así se conducirá el Postconflicto, nos veremos abocados al surgimiento de nuevas expresiones armadas de resistencia en el campo y la ciudad, tal como ya está sucediendo en los EEUU y Europa. La letra con sangre no entra. La letra entra con el ejemplo democrático, la justicia social y la legitimidad moral de las instituciones.

Por ello, como psicólogas y psicólogos que queremos contribuir a ese tránsito hacia el postconflicto armado, exigimos que dichos comportamientos de brutalidad policial sean investigados y no queden en la impunidad. Así mismo, exigimos a los gremios de psicología tanto en el campo de la formación como en el ejercicio de la profesión, que se incluyan en sus agendas estos asuntos y que se decidan a jugar un papel más comprometido ética y políticamente con la defensa de los derechos humanos, la democracia real y la paz con justicia social como condiciones necesarias hacia un clima de postconflicto armado en el país.